

A IMPULSOS DE ACTOS CREADORES

FERNANDO SOLERTOSCANO

Instituto Emmanuel Mounier. Profesor de Filosofía
Universidad de Sevilla

La persona se caracteriza, entre otras cosas, por su capacidad de *acción*. Lo que diferencia la acción humana de los hechos que acontecen en el mundo físico es su intencionalidad. La acción es *intencional*, es decir, se orienta hacia algo distinto de ella misma. Nuestras creencias, deseos e intenciones guían nuestra acción en el mundo, y es así como la persona se define. Se define en el sentido de que se constituye, pero también se define en tanto que se posiciona. *Obras son amores y no buenas razones*. El personalismo, por tanto, no se puede comprender sin la acción. No es una disciplina académica: «Porque no basta con comprender, es necesario actuar. Nuestro fin, el fin último, no es desarrollar en nosotros o a nuestro alrededor el máximo de conciencia, el máximo de sinceridad, sino asumir el máximo de responsabilidad y transformar el máximo de realidad» (CA 118)¹. Mounier añade que «actuar es escoger, por consiguiente zanjar, cortar por lo sano y, adoptándolo todo, rehusar, rechazar. Como dice Nédoncelle, hay una crisis de alojamiento en el mundo de la libertad. Una mentalidad infantil sobrevive en esas individualidades demasiado abundantes que no quieren excluir nada ni apenar a nadie, y que llaman comprensión a su incapacidad de escoger, y apertura a la confusión que resulta de ello. Edificar es sacrificar» (CA 114). Incluso esos individuos de los que dice Mounier que no actúan de forma comprometida porque no quieren excluir nada, también están actuando, aunque mediante una acción errante que evitará cualquier tipo de renuncia. También esa acción construirá una persona, aunque débil e incapaz de afrontar grandes proyectos. Esta pereza que tiende a apartarnos de la acción, puede estar favorecida por el propio sistema. Por ejemplo, Mounier encuentra que el liberalismo puede favorecer ciertas posiciones filosófi-

cas que separan espíritu y materia (CA 118) de modo que unos preferirán vivir en las comodidades de la vida material y otros en las comodidades espirituales, «comúnmente respetadas como una élite por el fariseísmo burgués». Pero el personalismo comunitario funda la persona en la unidad de espíritu y materia: encarnación. La primera acción a la que estamos llamados es aprender a ser persona: «Una persona sólo llega a su plena madurez en el momento en que elige unas fidelidades que valen más que la vida» (CA 107). Esas fidelidades que orientan nuestra vida no pueden ser comprendidas sin una acción que es a la vez material y espiritual.

Para ello la persona debe tomar conciencia «de su propia participación en el mal, de sus fallos en el comportamiento cotidiano, de las mentiras piadosas de sus palabras y sus actos. Aquí está la primera revolución, sin la cual la otra no es más que comedia: no «revolución interior», sino revolución personal, que compromete de una vez el comportamiento y la meditación interior; no «toma de conciencia» abstracta y escolar en la que cada uno se refugia en la inocencia de un sistema, sino toma de mala conciencia personal, la única que cimentará una verdadera comunidad revolucionaria» (CA 102). Por tanto, la acción comienza como acción de conversión personal, vemos que Mounier insiste en que no se trata meramente de un examen de conciencia, sino que ha de reestructurar toda la persona. Sin esa revolución personal, la revolución comunitaria es imposible.

¿Qué podemos esperar de la acción personalista? En *El personalismo* (parte I, cap. 7), Mounier nos dice que a la acción tenemos que exigirle «que modifique la realidad exterior, que nos forme, que nos acerque a los hombres o que enriquezca nuestro universo de valores». Una buena forma de comenzar la «toma de

1. Emmanuel Mounier, *El compromiso de la acción*, Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2007. Citamos de este modo los párrafos de esta recopilación de textos de diversas obras de Emmanuel Mounier que recoge sus principales ideas en torno a la acción.

mala conciencia» que nos dice Mounier sería analizar nuestras acciones, y las motivaciones que nos inclinan hacia ellas, para ver si cumplen, y cómo, estas exigencias. También podríamos analizar las acciones que nos ofrece la sociedad de consumo, que raramente nos forma, ni nos acerca a las demás personas más que de modo superficial, ni enriquecen valores superiores. Sí que transforman la realidad exterior, pero casi siempre para acrecentar las desigualdades. Luego podríamos seguir por las acciones de los partidos políticos y todo tipo de organizaciones que dicen trabajar a favor del bien común. ¿En qué medida sus acciones cumplen las exigencias que plantea Mounier a una acción auténticamente «revolucionaria»? ¿No participan, en una u otra medida, del mismo desorden que pretenden combatir?

ACCIÓN DE PROTECCIÓN Y ACCIÓN ORGÁNICA

En *La revolución personalista y comunitaria*, Mounier nos propone algunos tipos de acciones (CA 117) orientadas a una transformación personal y comunitaria. El primer tipo es la *acción de protección*. El desorden establecido amenaza con destruir «nuestros esfuerzos, nuestras primeras construcciones». En nuestros tiempos no sentimos la amenaza del fascismo que preocupaba a la generación de Mounier, pero existen otras amenazas. Del mismo modo que protegemos espacios naturales para que no sean alcanzados por la contaminación, deberíamos proteger los espacios que aún no hayan sido sometidos a la ley de la oferta y la demanda, a la superficialidad, al nihilismo. Aún quedan espacios familiares, asociaciones o comunidades religiosas donde la gente actúa desinteresadamente, libres del «toma y daca». Mounier dice que la acción de proteger estos ámbitos, aunque es la menos fructuosa, resulta necesaria. Ahora bien, quedarnos en una acción de defensa puramente negativa sería insuficiente. Una acción de este tipo podría ser hoy día la protección de la familia, pero la acción personalista no se quedará simplemente en oponerse a tal o cual ley, sino que propondrá una familia que es ante todo una comunidad de personas en constante conversión, y será crítica con los modelos tradicionales que se apartan de ese ideal. Debemos «comenzar a ser lo que se quiere ser mañana».

ACCIÓN DE TESTIMONIO Y RUPTURA

Si bien debemos comenzar por tomar conciencia del desorden, empezando por el propio, hay que pasar

«a una toma de posición, a un cambio de vida y no solamente de pensamiento», en otro caso nos dejaríamos llevar por el espiritualismo. Mounier nos propone «testimoniar nuestra ruptura con el desorden establecido», por medio de «*la denuncia y la puesta en la picota pública*, por todos los medios que estén a nuestra disposición». Abstenernos de las participaciones en el sistema que contribuyen a perpetuar sus faltas. Huelga, desobediencia, boicot, etc. Tal vez el más importante testimonio que podamos ofrecer hoy día es el de «nuestra oposición a los principios y mecanismos del mundo del dinero»:

- El dinero establece «una medida matemática sobre toda la vida». La misma medida se aplica a un kilo de tomates que a una hora de nuestro tiempo, o en algunos casos incluso a la vida de una persona. Una acción de testimonio contra esta medida universal del dinero es «innovar en mis relaciones [...] la fantasía sobreabundante, un poco loca e irregular de la generosidad. Desacostumbrar a los demás, con tacto, del toma y daca». Se trata de que nuestras relaciones con los demás se desarrollen desde la gratuidad.
- El dinero se ha convertido en la medida de la consideración social, del «espíritu de clase». Importa cuánto dinero tienes, qué ostentación puedes hacer, no importa ni siquiera si lo has conseguido de manera lícita o no, sino los privilegios a los que te da acceso. El consejo de Mounier es claro: «desertar cada vez que se tenga ocasión [...] de unos privilegios] desgraciadamente reservados a una casta». Renunciar al asiento de honor, al billete en primera clase, al coche oficial... ¡pero sin aspavientos!
- El mundo del dinero «tiende a nivelar las energías en un ideal de riqueza indiscriminado, de mediocridad confortable, de seguridad tranquila, de seguros generalizados». Las fuerzas se orientan a ver cómo podemos incrementar el patrimonio, para luego invertirlo en mediocridad. Contra ello, «restituir en mi vida espiritual y material, ante todo, el sentido de la pobreza y de la sencillez».

Mounier propone otras rupturas con el mundo del dinero, como la abstención de toda forma de especulación, o rechazar «toda ganancia obtenida sin trabajo realizado o un servicio orgánicamente rendido».

CREACIÓN DE LA CIUDAD DEL MAÑANA

La acción no se queda en la ruptura con el desorden establecido: «Situaremos, para terminar, más allá todavía en la jerarquía y la eficiencia de estos medios

a la vez espirituales y encarnados, la creación propiamente dicha de los órganos de la ciudad del mañana». Como vemos, Mounier sitúa muy arriba en la jerarquía las acciones encaminadas a crear estas estructuras de la «ciudad del mañana». Se trata del aspecto más comunitario de la acción personalista: «un hombre que forma a otro hombre en la línea de su vocación, le arranca de la dispersión o de los refugios en los que se abriga, para ponerle ante él mismo y dar a su vida el sentido que ella tiene, hace más por la revolución espiritual que cien conferencias públicas». Esta acción de formar personas va a la par que la creación de comunidades: «suscitar, descubrir, ayudar y unir entre ellas a estas comunidades [...] es una de las tareas esenciales de la revolución orgánica».

LAS FUENTES CRISTIANAS DE LA ACCIÓN PERSONALISTA

Las propuestas de acción personalista que hemos presentado, de la mano de Emmanuel Mounier, son válidas para cada persona que quiera romper con el desorden establecido, a través de una conversión personal y comunitaria. Pero los cristianos, además, encontrarán en su religión un impulso vivo hacia la acción en los términos que la hemos descrito anteriormente, pues «el espíritu religioso no consiste en cubrir el todo con la apologética, sino en desprender lo auténtico de lo inauténtico, y lo durable de lo caduco. Coincide aquí con el espíritu contemporáneo del personalismo» (*El personalismo*, parte II). Contra la forma de entender y vivir el cristianismo como «un código de bienestar moral y religioso cuya preocupación principal parece ser la de desanimar los impulsos» (CA 122), Mounier nos invita a descubrirlo «como la antítesis de este ablandamiento del sentido religioso. La esperanza de su cima, tan próxima a su

ternura, nutre, también, una ética de la lucha, del 'afrontamiento'» (CA 121). En efecto, el cristianismo es la religión de la encarnación y del afrontamiento. El cristiano está llamado a una constante conversión, donde lo personal no puede disociarse de lo comunitario, ni lo espiritual de lo material: «Aquí también los cristianos han fallado los primeros. Sin embargo, con la teología del Cuerpo Místico, tenían a su disposición el más alto mensaje comunitario que se haya dado a la historia. Pero se han dejado penetrar por una especie de moralismo individualista que les ha hecho olvidar prácticamente la mística, la Teología y la moral comunitarias. Tienen a menudo un sentido agudo de la vida interior, una viva inteligencia del mal individual [...]. Pero más a menudo entienden 'interior' groseramente, como excluyente de lo exterior y de lo colectivo, pues toda meditación, toda plegaria, toda apropiación que no está, aun en la soledad, insertada en la comunidad, es una avaricia» (CA 44). Mounier detecta una religiosidad débil: «casi se la ha eliminado del elemento recio de nuestra población moderna: el elemento obrero». La causa «reside principalmente en el acaparamiento progresivo del cristianismo occidental por la clase burguesa» (CA 139). Uno de los factores para que el cristianismo deviniera una religión burguesa es la separación entre cuerpo y espíritu, que como vimos encaja tan bien con el liberalismo. El cristiano preocupado por la perfección espiritual y el obrero que lucha por dignificar las condiciones materiales de su existencia. Uno y otro creen pertenecer a dos ámbitos diferentes e incompatibles. Han olvidado la teología del Cuerpo Místico. El cristianismo tiene que superar para siempre la dualidad materia-espíritu, «tanto en nuestros modos de vida como en nuestro pensamiento. El hombre es un ser natural; por su cuerpo forma parte de la naturaleza [...]. Es necesario sacar las consecuencias de esto» (CA 142). 